

pecho de un hombre bien conformado de hoy. Cierro que el peso de las armaduras pedía gran resistencia, pero esto sería cuestión de hábito, como lo es el uso de los cuellos planchados y altos que hoy se padecen. Las corazas y en general las armaduras históricas revelan una raza exigua, de angosto esternón, de estatura menguada. Yo sospecho que las armas pesadas y embarazosas se usaron menos de lo que se cree, y recuerdo haber leído en varios relatos de batallas, creo que, por ejemplo, en la de Bouvines, que fué funesta la lentitud en maniobrar de la caballería, cargada de hierro, y que las tropas armadas a la ligera la envolvieron y destruyeron. Sólo en el momento del combate, ó para torneo y parada después, se usarían las grandes armaduras de punta en blanco; la malla, tanto tiempo preferida, fué tal vez menos incómoda que muchos uniformes contemporáneos.

**

Tocante á la duración de la vida, apoyándome en la curiosa obra de mi amigo Juan Finot *Philosophie de la longevité*, supongo que ha crecido en vez de reducirse. En algunos países—se me dirá que no son latinos—como Suecia y Noruega, el incremento ha sido sorprendente: en pocos años ha alcanzado la proporción de 15 por 100. Se relaciona este aumento con la disminución del alcoholismo, que, como es sabido, hace mayores estragos en los pueblos del Norte.

Tampoco la despoblación (aparte del caso especial de Francia, fenómeno típico determinado por razones económicas) es alarmante en la actualidad. España, pongo por caso, estaba mucho menos poblada en tiempo de Carlos II que en el día. La prueba de que la natalidad es normal con tendencia al incremento en España é Italia, y presumo que también en Portugal, es que estas naciones son emigradoras, que de ellas salen las embarcaciones cargadas de gente á buscar fortuna en las Repúblicas de las tres Américas, y sin embargo de esta sangría suelta, la población no disminuye, se construye activamente, hay brazos y personal para las industrias, á pesar del escaso cuidado que se consagra á evitar la mortalidad de los niños, en las clases humildes.

Sin que yo tenga aquí á mano datos estadísticos, también la mortalidad me extrañaría que no fuese hoy menor que en otras épocas. Aunque lenta y difícilmente, ciertas doctrinas y nociones higiénicas van abriendo camino. Las epidemias han desaparecido, y experimentamos incredulidad y asombro al leer que en Barcelona, durante el siglo pasado, hubo diez ó doce embestidas de peste bubónica de horrible intensidad. La viruela, si para vergüenza nuestra continúa haciendo víctimas, empieza á batirse en retirada. Lo mismo puede decirse de la difteria, del cólera, de las fiebres puerperales y de otras muchas enfermedades en cuyo tratamiento y profilaxis ha hecho progresos la medicina. Padecimientos crónicos que ahora se combaten y atajan, no eran ni conocidos antaño; mataban con antifaz, sobre seguro. Al leer el relato de las últimas enfermedades de los monarcas (de las que sufrieron los particulares no se ha escrito), en la mayoría de los casos percíbese la impresión del error de diagnóstico, y sin necesidad de citar el conocidísimo caso del esposo de la Estuarda, diré que la calentura pernicioso de Felipe el Hermoso, la úlcera de Felipe II, las innumerables fiebres puerperales mortales de las reinas de España, el envenenamiento en una trucha del príncipe don Juan, la enfermedad de languidez del príncipe de Viana..., representan deficiencias del arte de curar, atraso de la ciencia. Verdad que en el día hacen estragos la neurastenia y la tuberculosis. Pero ¿es seguro que en otras épocas no se conociesen estos azotes, como se conocía otro terrible que en lenguaje arcaico se llamó *bubas*? Lo que sucedía era quizás que no se hablaba de eso, que se tenía por fatalidad irremediable, mientras nuestra atención está fija en tales calamidades para tratar en su remedio; eso hemos ido ganando.

**

Los crímenes, en opinión del doctor Muñoz Ruiz, suben á compás de la tuberculosis. Es posible que lo que aumenta sean los periódicos donde se narran minuciosamente los crímenes. Hago una observación: en otro tiempo no se podía residir en el campo sin riesgo de ser saqueado y escabechado por gavillas de malhechores. Estas gavillas (hablo de las que existieron en mi país) eran numerosas y organizadas como partidas de guerrilleros. Recorrian montes y valles; se conocía á sus jefes; acaso se les ahorcaba por final, pero antes ellos habían reinado y sembrado el terror. Alguna de estas gavillas, como la célebre de *Sobillas*, tenía tales ramificaciones, que con-

taba entre sus afiliados, socios protectores diríamos hoy, á escribanos, procuradores, oidores, comerciantes de acreditada firma, gente en suma de copete y cogollo, que protegía á socapa al bandolero y su hueste. Era algo semejante á la *Mafia* siciliana (aunque originado de causas sociales muy diferentes). Esto no sucede hoy, y en la misma Andalucía parece extinguido el bandolerismo. El crimen, por lo menos, no se hace crónico.

**

Respecto á la desastrosa influencia del tabaco estaremos seguramente más conformes el doctor y yo. Una restricción: en el Norte se fuma mucho, y los eslavos viven casi tan envueltos en humo como los españoles. Es posible, sin embargo, que el pueblo inglés, alemán y ruso, la gente trabajadora y de modesta condición, fume menos que en España, pero no debiendo excluir á Francia del número de las naciones latinas, recuerdo que allí no se fuma excesivamente; no siente el francés esta necesidad ya morbosa del español, de que no se le caiga de la boca el puro ó la colilla.

No tiene fácil respuesta la pregunta que todos nos hemos dirigido alguna vez: ¿qué encanto especial encierra la operación de encender y chupar una hierba seca enrollada en un trozo de papel ó sobre sí misma? Al lado de los inconvenientes que ofrece el tabaco, no parece fascinador el goce que representa. Sin embargo, le quitaréis al jornalero español comida, abrigo, luz, aire..., pero no le quitáis su cigarro, no le impidáis dar la chupada ávida á la hierba venenosa...

Veneno es, aunque lento, el tabaco. El síntoma referido por el doctor Muñoz Ruiz es notable en extremo. Las plantas que están próximas á las de tabaco crecen menos, dan hoja más estrecha, fruto más pequeño y escaso; á veces hasta se secan; las patatas que están inmediatas á plantaciones de tabaco, á tabaco huelen y á tabaco saben. La ponzoña de la nicotina, tenaz y letal, actúa sobre la vegetación de un modo no oculto, y si en el organismo humano procede más insidiosamente, no son sus estragos menores.

De los importantes experimentos del doctor Muñoz Ruiz se deduce claramente que el tabaco intoxica en mayor ó menor grado, pero intoxica siempre. En las especies animales ataca á la reproducción y á la circulación, en la humana no hay parte del organismo que no sufra perturbaciones, trastornos que se imputan á otras causas, cuando á la nicotina se deben; y sobre todo—dice el doctor, de acuerdo con algunos ilustres colegas suyos extranjeros—ataca el tabaco á las funciones cerebrales, á lo más delicado y noble de nuestra máquina. Como todos los narcóticos y estupefacientes, como el *hatchis*, el opio, la morfina, el tabaco es un «enemigo del alma». Enflaquece la voluntad, oscurece la memoria, deprime la inteligencia, genera esa enfermedad de postración, la más humillante de todas, que se llama abulia.

Querer y no poder, es malo; no poder querer, es peor. El doctor nota con sagacidad que esta propensión al tabagismo, transmitida hereditariamente, va agravándose, y amenaza á la especie más que al individuo. Es cierto, y sólo tienen una defensa y un escudo las generaciones inficionadas de tabaco: la mujer, que no fuma.

La sangre de la madre, libre del veneno, puede evitar la influencia morbosa de la sangre del padre, saturada de nicotina—aunque, á su vez, la madre, hija de fumador impenitente, puede haber nacido trayendo el germen de los males que el tabaco determina.—De todos modos, leído el folleto del doctor, me regocijo de que no fumen las mujeres, viendo en ello una de las superioridades de nuestro sexo, una de las razones de que, á pesar de la ruda labor de la maternidad y la lactancia, la mujer viva más tiempo y conserve mejor sus facultades que el hombre.

Por instinto, y salvo excepciones que nadie deja de encontrar, la mujer aborrece las necesidades artificiales que el hombre se crea, y á las cuales se arroja un derecho masculino. La mujer ve en el tabaco, en el alcohol, al enemigo del humilde bienestar casero, de la olla doméstica; á los vampiros que se tragan el jornal de la semana y aniquilan la ventura y la buena armonía del matrimonio. ¡La taberna! ¡El estanco! El estanco se lleva lo indispensable para jabón y para leche con que cebar el biberón del pequeño... En humo se va no poco de lo que el sudor gana... Y las esposas miran de reojo al marido, que tumbado en postura de baja, absorbe ó devuelve el humo venenoso, con felicidad de chino budista sumiéndose en el nirvana, entre vapores opiáceos...

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Yo no gasto prosa con autores españoles que no hayan pasado á mejor vida. Lo he dicho reiteradamente, y sin embargo, como aquí ni aun leen los que escriben, apenas pasa día sin que me asedien para conocer «mi autorizada opinión» sobre esto y sobre lo otro; sobre libros ó folletos, hasta sobre artículos ó crónicas, las cuales debieran tener más pretensiones que estas mías modestísimas, que jamás se me ha ocurrido, ni aun cuando las he reunido en tomo, someter á los Aristarcos.

El mayor desencanto de la vida literaria, tan fecunda en decepciones, consiste, sin género de duda, en que le tomen á uno por elemento útil, por algo que produce fama ó dinero ó las dos cosas, y si para esto no sirve, debe ser arrojado al cesto de los papeles ó arrumbado en el desván de los trastos y cachivaches...

Y ¿qué diremos de los maniáticos pacíficos, que acometen una empresa y quieren que todo el mundo, sin excepción, sienta por ella el mismo entusiasmo, le consagre igual suma de tiempo y esfuerzo, si ya no es que sencillamente prefieren haber puesto la idea y que otro la incube, solicite, y la saque del cascarón, y luego lleve al pollito á beber y lo agasaje bajo el ala? En este ambiente nuestro, que inclina á la pereza, es frecuente fiar el éxito de lo que empezó por interesar á uno á la acción de otro, siquiera ese otro tenga hartos que hacer con sus propios planes é iniciativas. Por anomalía curiosa, á los más ocupados es á los que se pretende endosar las grandes ideas ajenas, para su debida realización.

**

Así es que, al recibir libros cuyos autores no me piden opinión alguna, por reacción contradictoria, frecuente en el espíritu humano, experimento deseos, no de criticar y opinar, sino de figurarme que dialogo con el autor, y tratar el tema por él escogido, particularmente si el libro plantea cuestiones tan interesantes y de tan eterna actualidad como las que dan asunto á un folleto que acabo de recibir, donde se coleccionan las conferencias pronunciadas por el doctor Muñoz Ruiz acerca de si «está ó no degenerada la raza latina.»

Para el doctor, es afirmativa la respuesta. La raza latina ha degenerado desde el período del Renacimiento acá, y su estatura, sus condiciones físicas, morales é intelectuales, su longevidad y su voluntad, sufren descenso tristísimo. Arrimándose á la opinión del sabio Letamendi, D. Antonio Muñoz Ruiz cree que ya no hay ancianos.

Enumerando las causas de esta situación deplorable, el doctor atribuye papel muy principal al uso y abuso del tabaco, siendo las páginas que consagra á estudiar este factor de decadencia las más sugestivas del librito.

Aunque la decadencia de las razas más ó menos latinas con relación á las anglo-sajonas me parezca indiscutible hoy, confieso que no me persuaden las razones á que el doctor la achaca, puesto que muchas de esas causas actúan igualmente, y con intensidad, sobre ingleses, alemanes y austriacos.

Tampoco estoy segura de que el hombre del siglo XX viva menos tiempo y sea menos robusto que los de épocas anteriores.

En esas corazas antiguas de que habla el señor Muñoz Ruiz, no entraría, por razón de diámetros, el